

RAZA: MÚLTIPLES MIRADAS

Módulo 1: Racismo y Xenofobia

Sesión 1: ¿Existen las razas? Introducción al debate

El siguiente documento de trabajo aborda los siguientes textos:

- López Beltrán, Carlos (2000-2001) “Para una crítica de la noción de raza”, en *Ciencias. Revista de la Facultad de Ciencias*, UNAM, México, núm. 60-61, octubre-marzo, p. 98-106.
- Restrepo, Eduardo y Rojas, Axel (2010) “La idea de raza”, en *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Universidad del Cauca, Maestría en Estudios Culturales Universidad Javeriana, Popayán, p. 115-130.
- Wade, Peter (2014) “Raza, ciencia, sociedad”. *Interdisciplina, Racismos*, Núm. 4, Vol. 2, 35-62.

En este documento de trabajo presentaremos extractos, comentarios y resúmenes de tres textos en los que la idea de raza es abordada de forma crítica. Cabe mencionar que el trabajo de Carlos López Beltrán se centra en cuestionar el uso del vocablo raza para identificar poblaciones humanas. El capítulo de Eduardo Restrepo y Axel Rojas es una revisión genealógica de la noción de “raza” en algunos autores adheridos a lo que se conoce como la “inflexión decolonial”. Por último, el artículo de Peter Wade se centra en resaltar cómo pese a los cambios históricos a los que se ha sometido el concepto “raza” desde el siglo XVI, en la actualidad, los discursos científicos de genetistas e investigadores de genómica de poblaciones siguen sosteniendo explicaciones que naturalizan procesos sociales, es decir que sostienen que lo cultural se puede explicar por lo biológico.

Recuerda que estos textos están disponibles y completos en la plataforma.

Carlos López Beltrán en “Para una crítica de la noción de raza”, publicado en la revista *Ciencias. Revista de la Facultad de Ciencias* en el 2000 señala que la palabra raza genera más confusiones y malos entendidos que aciertos y certezas.

Hace un rastreo etimológico, en el que muestra lo confuso del origen del vocablo, señalando que puede tener diversas procedencias, incluso puede estar vinculado con la noción latina de *ratio*, lo que lo acercaría a “razón”. Establece que hasta el siglo XVIII el vocablo tuvo dos acepciones, una referida a la genealogía humana, como derivada de estirpe, y otra a la tipología animal. Explica: “No eran rasgos físicos en un principio los que determinaban la pertenencia a la raza, sino los parentescos” (p. 99). Durante la Ilustración, en un afán científico de clasificar el mundo biológico, ambas acepciones se fusionaron para generar un sistema clasificatorio de la realidad natural. Sin embargo, advierte López Beltrán, a la pretensión rigurosa de las ciencias se le adhirieron los viejos prejuicios. Esto pavimentó el camino al pensamiento racial del siglo XIX, el cual estaba fuertemente centrado en una caracterización esencialista al estilo de Blumenbach, Buffon o Kant,¹ según los cuales en el mundo había cinco razas, de las cuales la “caucásica” o blanca estaba en la cúspide del desarrollo de las capacidades físicas, intelectuales y morales de los seres humanos. Por los fines con los que se utiliza la noción de raza, desde finales del siglo XIX y hasta la caída del nazismo, la noción quedó “impregnada de un sentido que insiste en la diferencia de un modo esencialista y determinista” (p. 100) que conforma el ser de las personas.

La polémica entorno al tema se divide en dos debates, según López Beltrán: un debate científico que involucra a antropólogos, demógrafos y genetistas de la población, así como a otros analistas de la ciencia; y un debate popular, sobre si tiene o no utilidad la clasificación humana bajo este criterio. A este respecto, el autor indica que dependerá de la resolución del primer debate que las posiciones del segundo adquieran mayor fuerza argumentativa.

López Beltrán señala que “La pregunta es si existen subespecies (razas) descriptibles, por cúmulos de rasgos (genes y su expresión fenotípica) estables,

¹ Johann Friedrich Blumenbach (1754-1840) fue un naturalista, médico, psicólogo y antropólogo alemán, su pensamiento racial contribuyó a establecer la idea de que la humanidad se dividía en cinco razas: blanca/europea, negra o africana, asiática o amarilla, malaya o aceitunada y roja o americana. George Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1780) fue un naturalista, matemático y botánico francés del periodo de la ilustración. Immanuel Kant (1724-1804), fue un filósofo prusiano de la ilustración alemana y de suma importancia para la posterior dialéctica hegeliana.

típicos, constantes de modo que, dejando de lado híbridos incómodos, a cada individuo corresponda uno y sólo un sitio en la clasificación” (p. 101). Esta duda refiere también a los avances de la ciencia genética, en donde a mayor capacidad de acercamiento, más inestable resulta el concepto de raza.

Sin embargo, aún existen científicos que abogan por sostener el concepto como uno explicativo de la variabilidad de la población humana. En este aspecto, el autor sostiene que si bien es útil dividir y subdividir la realidad para amoldarla a modelos explicativos, no hay que caer en generalizaciones que asuman como reales, o que ignoren el carácter estadístico de la clasificación. Ya que, de lo contrario, el análisis asumiría como conclusión lo que es una premisa, haciendo un argumento tautológico que se basa en lo “evidente” y perdiendo el enfoque crítico y reflexivo necesario para el rigor del conocimiento científico. Señala que los científicos (y para el caso refiere a T. Dobzhansky²) que abogan por mantener el concepto no caen en cuenta que “su utilidad es respaldar lo preconcebido”. Es decir, que en la elección de propiedades con las cuales se busca definir qué es la raza (y los ejemplos que pondera son el coeficiente intelectual, la propensión a la violencia sexual, la poligamia, la acumulación de testosterona en los varones), se cuelean los sesgos que de antemano están delimitando la realidad en parcelas para que, al rellenarse den existencia a las razas.

Así lo plantea: “La idea central es que la variación génica no se agrupa en paquetes discretos (candidatos a llamarse razas), sino que se dispersa como un gradiente en el que definir una frontera es siempre una arbitrariedad” (p.103). Con esto apuntala su argumento de que “raza” no corresponde a un sustrato biológico real y menos a una unidad de la evolución. Dichas fronteras ficticias pueden graficarse como un mapa de climas, el cual por ser descriptivo carece de capacidad explicativa.

La ciencia genética se está inclinando hacia omitir el concepto raza por carecer de rigor suficiente para explicar la variación humana. Esto debido a que incluso en

² Teodosius Dobzhansky

poblaciones cercanas, entre dos individuos de la “misma raza” podremos encontrar mayor variación génica que si comparamos a dos sujetos de “distintas razas”. El problema, entonces, reside en qué elementos de variación se están considerando. Una vez más, los que abogaban por mantener en uso el concepto caen en lo “evidente”, las características físicas visibles, cuando la ciencia ha ido más allá: “La inmensa mayoría de los caracteres humanos son invisibles y sólo definibles a través de los estudios biológicos, fisiológicos o moleculares” (p.104).

Sintetizando: para López Beltrán es momento de desterrar la noción de raza de la explicación de la variación humana. Los estudios de genetistas se orientan a la medición y mapeo del genoma con el fin de saldar la polémica.

Al año siguiente de la publicación del trabajo de López Beltrán, como muestra el artículo de Natile Angier en *El País*, el mapeo del genoma humano confirmó la inviabilidad del concepto raza aplicado a la humanidad. Sin embargo, López Beltrán advertía que entonces (como hoy) había “científicos interesados en privilegiar la superficie fenotípica y en usarla como fuente de criterios clasificatorios, que de ese modo siguen abierta o implícitamente afectados por las nociones heredadas, esencialistas de raza” (p. 105). La biología ha dado al traste con esas nociones inestables, reconociendo que entre especie e individuo es difícil establecer fronteras claras y sobre todo duraderas. López Beltrán es defensor de eliminar el vocablo, pues si bien puede quedar en uso en términos de los animales y plantas (razas de perros, caballos o de maíz), “el asunto se torna grave cuando se transporta el sentido de raza hacia el espacio donde se dirimen las identidades culturales, nacionales, tribales” (p. 106). Sostener el concepto pese a lo que ha llegado a establecer a nivel ideológico puede ser considerado, según él, casi criminal.

II

Para los autores Eduardo Restrepo y Axel Rojas, la idea de raza y su vinculación con el racismo son esenciales en la corriente teórica de la inflexión decolonial.

Estos autores hicieron un seguimiento de esta noción en diversos autores adscritos a esta corriente.

El primero es sin lugar a dudas Aníbal Quijano. De este autor, pionero en el enfoque decolonial, analizan diversos textos en los cuales el peso que asigna a raza en el comportamiento de la colonialidad/modernidad va siendo más preciso. Sin embargo, en aras de la brevedad nos abocaremos a las conclusiones que llegan.

Según Restrepo y Rojas, Quijano piensa tres momentos de “raza” como constructo ideológico que surge de la conquista de América y de la configuración de nuevas identidades. El primer momento se da en el siglo XVI, y es encarnado por el debate de Fray Bartolomé de las Casas con Juan Ginés de Sepúlveda; en él raza remite a diferencias en la “naturaleza biológica” de los americanos que explican diferencias en sus capacidades mentales y culturales. Sí, hay algunos anacronismos e imprecisiones en el trabajo de Quijano que oportunamente señalan los autores. El segundo momento se configura en el siglo XVII cuando se pone en clave del mito fundacional de la modernidad la noción de raza, es decir que en escala de desarrollo histórico hay pueblos más bárbaros y otros más civilizados, siempre siendo el referente ideal Europa. Además en este momento, por la colonización europea de África, se empieza a relacionar raza a color de piel. El tercer momento se da en el siglo XIX con la sistematización de las teorías raciales al estilo de Arthur de Gobineau. Donde los criterios de individuales y colectivos quedan agrupados y reforzados en la idea de que Europa cumple con los ideales morales, físicos, intelectuales y culturales mientras que los otros grupos humanos que se van alejando de este ideal son cada vez más primitivos, más degenerados y menos humanos.

El segundo autor revisado por Restrepo y Rojas es Walter Mignolo, para quien “la ‘raza’ es más un asunto de categorización de individuos en relación con un paradigma de humanidad, que de color de piel o pureza de sangre” (p. 123). Se sostiene la idea de cercanía o lejanía con el humano ideal cuyo referente es el

europeo. Esta escala surge de concepciones occidentales cristianas en el siglo XVI y el noema sería “no eres como yo, y por eso eres inferior”. Es decir, la diferencia es vista como desigualdad. Y aunque aún no aparece el concepto raza, la delimitación de la escala, el criterio, es siempre físico: “Son los rasgos físicos, de sangre primero [en el siglo XVI] y piel después [desde el XVIII hasta el XIX], los que constituyen la especificidad de las distinciones raciales” (p 124).

A su vez, Mignolo habla de que la raza funge como una clasificación epistémica, centrada en la etnia, caracterizada por la lengua, la cultura y otros atributos; y como clasificación ontológica, centrada en la sangre y en la herencia. Con el paso del tiempo “El racismo se apropia de ambas categorías para articular sus prácticas discriminatorias hacia grupos subalternizados que son racializados” (p. 124). Entonces, para Mignolo el racismo tiene un alcance más amplio que raza pues en él quedan insertos otros marcadores de clasificación como lo pueden ser la lengua, la religión, los conocimientos y hasta las entidades geopolíticas.

Santiago Castro-Gómez es analizado rápidamente sólo para sugerir los cruces que en su lectura de la colonialidad del poder establece con Aníbal Quijano y Enrique Dussel. Para este autor, en la modernidad temprana no sólo se construye una superioridad étnica de unos hombres sobre otros, sino también de unos tipos de conocimientos sobre otros.

El cuarto autor reseñado por Restrepo y Rojas es Nelson Maldonado Torres de quien destacan, sin profundizar, su concepción de la “colonialidad del ser”. Para Maldonado Torres, es indispensable considerar los procesos de deshumanización y dispensabilidad en la racialización de los subalternos. Confluye con Quijano en que la conquista de América produjo una reconfiguración de las identidades existentes, sugiriendo que “algunas identidades denotan superioridad sobre otras. Y tal grado de superioridad se justifica en relación con los grados de humanidad atribuidos a las identidades en cuestión.” (citado en p. 123).

Entonces, para Maldonado Torres la esencia de la raza es la deshumanización de los contruidos como subalternos. Ahora bien, si el concepto cambia de significado

con el paso de los siglos “se puede hablar de una semejanza entre el racismo del siglo XIX y la actitud de los colonizadores con respecto a la idea de grados de humanidad.” Es decir, que el fenómeno de racismo científico y la raza de la primera modernidad pueden ser analizadas como “expresiones explícitas de una actitud más general y difundida sobre la humanidad de sujetos colonizados y esclavizados” (ambas citas, en p. 126). Maldonado Torres concreta la noción de heterogeneidad colonial, como la existencia de diversas formas de construir otros, ante los cuales el sujeto colonizador establece una actitud de sospecha permanente; de escepticismo sobre su condición o posibilidad de condición humana; esto él lo vincula a un ethos: la actitud imperial.

Otro autor analizado es Ramón Grosfoguel, de quien reconocen su capacidad de seguir los análisis de Quijano con influencia de Immanuel Wallerstein. Para Grosfoguel, que leeremos en otro momento del diplomado, “raza y racismo son constitutivos del capitalismo global”, no su agregado, sino su estructura, aquello que lo constituye y lo hace funcionar. Además, los autores reconocen de Grosfoguel el énfasis que pone en cruzar la dimensión racial con otras como la sexualidad y el género, para afirmar que la noción de “raza” articula, organiza, cruzada por el género y la sexualidad, a la división internacional de trabajo y al sistema patriarcal global.

Por último, los autores siguen a Walsh, de quien comentan que en sus textos queda establecido que la primera raza es el indígena, y posteriormente, conforme avanza el capitalismo mercantil y la colonización africana, se le sumará el negro. Así pues, la relación de raza con color es posterior a la construcción del indio como otro, y surge también de la autoconciencia europea de ser distinto, esto conduce a pensar que tras la creación de negro, por contraste, sigue la creación de la raza blanca. Raza entonces, desde el lugar de enunciación europea no sólo es fenotipo, sino facultades humanas: “ser, saber, razón, humanidad” (Walsh citado en p. 129). Este sistema clasificatorio es “central a la universalización de la civilización capitalista –incluyendo la explotación del trabajo-, a la modernidad en

sí, a la formación de las sociedades ‘nacionales’ emergentes criollo-mestizas y al mismo proyecto de Estado-nación” (Walsh citado en p. 130).

III

Para Peter Wade es necesario abordar la genealogía del concepto de raza, esto debido que “a veces la palabra misma no aparece, pero las ideas asociadas con ella sí parecen estar presentes.” (p. 36) Esto aplica tanto para periodos anteriores al “racismo científico” del siglo XIX, como a los posteriores a la segunda guerra mundial y el siglo XXI.

Es en el tránsito del siglo XVIII al XIX “la idea de raza se consolida alrededor del cuerpo, la naturaleza y especialmente la biología” (p. 36), de donde, hasta la fecha sigue teniendo un fuerte asidero. En una cronología clásica, el concepto raza surge con fuerza en el siglo XIX, consolidándose en rasgos cada vez más deterministas hasta la irrupción del nazismo y el uso de teorías raciales para políticas genocidas. Desde entonces, hay una suplantación del concepto raza por el de población, etnicidad o cultura, dependiendo de la rama del conocimiento (ciencias naturales o sociales) o el contexto nacional.

Sin embargo, señala Wade, aún con su caída en desgracia a partir de la segunda mitad del siglo XX, “el racismo persiste, usualmente dirigido hacia las mismas personas que antes conformaban las razas ‘biológicas’ de la era anterior” (p. 37), lo cual nos permite hablar ya no de racismo biológico, sino de racismo cultural. Aún así, la biología sigue jugando un papel importante en la comprensión del concepto “raza”. Es más, con el auge de la ciencia genética y de la lectura del genoma humano, “vuelve a surgir un interés en la biología de la diversidad humana, entendida en términos de ‘ancestría genética’, estructurada biogeográficamente en una pauta continental que a veces asemeja a las viejas ‘razas’” (p. 37). Esto, dice Wade, porque pese a los desplazamientos conceptuales sigue ejerciéndose una naturalización de lo biológico y de lo cultural, y en dicha naturalización, se cuele el pensamiento racial

Reseñando brevemente la emergencia del concepto “raza”, desde el siglo XVIII hasta inicios del XX, Wade señala sus componentes centrales en la apariencia, el linaje y la sangre, y el medio ambiente. Dichos factores se aglutinan con los procesos históricos del colonialismo y la expansión de la civilización capitalista europea para incidir directamente en el cuerpo. Así, en una visión de larga data, Wade nos señala que hay raza desde el siglo XVI, pues ya existen sus componentes de diferenciación mental-corporal y físico-moral en contextos de dominación y jerarquización social, entendidos como el vínculo de “un complejo de herencia y medio ambiente” (p. 41). Es decir, que se establece una relación indisociable entre biología y cultura, misma que hasta hoy pesa sobre el concepto. Sin embargo, nos advierte el autor, la definición no es estática y cada uno de sus componentes ha mutado en su significado al paso del tiempo: “si vamos a proponer un concepto de raza para esa época, hay que estar muy atentos a lo que significa cuerpo, naturaleza, sangre y herencia, además de entender ideas contemporáneas sobre el comportamiento, la moral, la virtud y el honor” (p. 41). Incluso en la época del racismo científico, la raza no es un concepto homogéneo, consensado por la comunidad científica, sino siempre debatido, aunque asumido como punto de partida para entender el mundo, pues “raza” “era la clave intelectual para pensar la diferencia humana a nivel global” (p. 41), de ahí no solo el peso de la anatomía comparada, sino su impacto en la literatura, la música, la filosofía, etc.

Lo que le interesa a Wade es destacar cómo en las teorías raciales se pueden poner en juego dos corrientes dispares: la flexible en torno del impacto del medio ambiente en los cuerpos, y la inflexible de una biología tipológica. Es decir, lo que hoy se conoce como “herencia blanda”, modificable a través del medio ambiente, y cuyo precursor es Lamarck con su teoría de los caracteres adquiridos; y la “herencia dura” de carácter biológico hereditario. Wade busca mostrar cómo el impacto del medio es utilizado para argumentar a favor de un ejercicio del poder que dirija a la población hacia su “saneamiento”: esto es la eugenesia, o en su

defecto, la degeneración racial. La coexistencia de contradicción en la teoría es expresada en estos términos: “El racismo se encuentra tanto en la idea de que el trópico y los nativos pueden contagiarle al blanco con la degeneración racial como en la idea de que los nativos son inferiores y los blancos superiores, por siempre y por su naturaleza inmutable” (p. 45).

Durante el siglo XX, el concepto hegemónico de raza caerá en desuso y perderá legitimidad. A esto contribuyen aportaciones de: a) Charles Darwin que desestima el concepto de tipo racial “permanente y fijo”, al establecer procesos de adaptación de las especies; b) Franz Boas, quien por un lado demuestra que las variaciones del cuerpo se dan de generación en generación y no son inmutables, pero quien también aboga por una separación conceptual de biología y cultura; c) el ascenso y derrota del nazismo y su genocida política eugenésica.

Sin embargo, para Wade, este desplazamiento posterior a la caída del nazismo de lo biológico hacia lo cultural no logra dejar atrás “elementos biologizantes y naturalizantes en el concepto de raza de posguerra” (p. 47). Es decir, incluso con el surgimiento de nuevas técnicas y procesos de construcción de conocimiento, la raza se cuela en las explicaciones, en la construcción y uso de categorías que se ponen en juego para establecer los procesos genéticos de diferenciación de la diversidad humana.

Incluso con el auge de la genética y la secuencia del genoma humano, que redujo la diversidad humana al 0.1% de nuestros genes (en 30 millones de polimorfismos), no evitó que –como vimos más arriba que explicaba López Beltrán,- genetistas se centren en esa diferencia para hablar de razas humanas, aún si la palabra no aparece y es suplantada por “el concepto biogeográfico de población” (p. 48). Justo ese concepto biogeográfico de población, nos dice Wade, permite la persistencia de la racialización, si bien de manera velada.

En el discurso popular, existe lo que Wade denomina “congruencia parentesco-raza”, la creencia de que la apariencia de una persona puede y es explicable a partir de su familia. En resumen: “el concepto raza termina siendo un

ensamblaje complejo de elementos de la cultura y de la naturaleza, elementos tan entrelazados que no es fácil ver dónde termina uno y empieza otro.” (p. 52)

Sin embargo, las percepciones raciales se han ido complejizando, en contextos como el Latinoamericano la cultura a veces pesa más que lo corporal: “sobretudo porque la diferencia entre un mestizo y un indígena se construye en términos del idioma, el lugar de residencia, la ropa, etcétera, y no en términos del cuerpo.” (p. 52) Lo anterior no implica que el cuerpo no sea importante, pero los discursos raciales se expanden hacia otros marcadores que fuerzan a que el análisis considere los propios caminos que la “raza” ha seguido en distintos contextos. Por eso, para comprender las tensiones entre biología y cultura en el análisis de la “raza”: “es importante que tengamos un abordaje que capte la flexibilidad de la biología, que no la considere a través del reduccionismo genético, como algo solamente determinista, y que aprecie cómo la biología y la cultura se entrelazan” (p. 55)

Porque para este autor, hay condicionamientos sociales que repercuten en los cuerpos, pero que de ninguna manera deben considerarse como biológicos, por ejemplo, cómo el estrés de vivir en una constante opresión racial desarrolla en la población afroestadounidense tendencias a la hipertensión arterial, o para el caso de México (aunque no es un ejemplo expresado por Wade), la dieta precaria basada en grasas saturadas y de altos contenidos de glucosa puede repercutir en el alto índice de diabetes b en la población.

Es decir que, actualmente, la biología entiende raza “como *durable* pero no *fija*; una vez que la práctica se sedimenta en el cuerpo y se vuelve como una segunda naturaleza adquirida, no es fácil cambiarla; pero tampoco está el cuerpo determinado sólo por una biología inmutable” (p. 56). Ésta es la forma en que actualmente “raza” subsiste pese a los giros culturalistas o genéticos, se naturalizan diversas condiciones que son más resultados de posiciones sociales y de poder en contextos determinados que de mutaciones genéticas.

En conclusión: “Ya sabemos que el pensamiento racial opera en parte a través de la naturalización, de representar como naturales fenómenos que son culturales. Pero si entendemos que la naturaleza –por más que se presente superficialmente como algo fijo- también es vista como algo mutable, y que la frontera entre la naturaleza y la cultura –por más que se presente como definitiva- también tiene cierta permeabilidad, entonces podemos captar la constante necesidad, en sistemas donde opera el racismo, de vigilar las diferencias y las jerarquías sociales y de reiterar la actuación de las mismas” (p. 56-57).

Sólo considerando lo anterior, las naturalizaciones racializadas de fenómenos culturales, podemos abordar el tema racial y el concepto raza como una construcción en la que se busca hacer confluir biología y cultura. Sólo entonces, continúa Wade, se nos hace evidente la necesidad de desmontar dicha confluencia, de desestabilizar “raza”, esto para argumentar que esos indicadores naturalizados no son fijos, y, si bien han perdurado por considerables periodos, pueden ser revertidos. (p. 57)